

hacen de este libro una de las mejores leyendas históricas que pueda poseer, no solamente la literatura inglesa, sino toda moderna literatura.

Y en verdad, como dice un ilustrado crítico, tiene la Iglesia de las Catacumbas un encanto tan vivo para el cristiano; respiran tanta poesía las variadas escenas de que fueron actores, protagonistas y espectadores los primeros fieles; habla tan alto á nuestra tibieza aquella devoción, á nuestra indiferencia aquel entusiasmo, á nuestra apatía aquel heroísmo, y á nuestra veleidada aquella constancia, que instintivamente recogemos con santa avidez todo lo que tiene relación con la vida subterránea de los que en día determinado habían de salir de aquellas profundidades para brillar con los resplandores del Cristianismo vencedor sobre las ruinas del mundo pagano.

Como en el decurso de esta obra es el ilustre Wiseman, no tanto el poeta que describe, como el filósofo que discurre y el historiador que dilucida, por esto arroja nueva luz sobre la vida de los primitivos fieles en aquellos tiempos, sobre las atenciones que merecían del Derecho político y civil de los romanos, sobre la consideración que les dispensaba la sociedad de aquellos siglos, sobre el carácter de las persecuciones de que eran objeto, sobre la conducta de los emperadores y sus subalternos ejecutores de los edictos.

Tarea difícil y atrevida sería enumerar las bellezas y los cuadros que más se destacan en esta obra, como lo sería entresacar de un gran jardín las flores más olorosas y galanas; y aunque bien quisiéramos, aun á riesgo de que perdiesen algo de su atractivo, formar de tantas flores un ramillete que siquiera permitiese al lector aspirar de una vez su fragancia, mejor será contemplarlas en su propio sitio con más vida y propiedad.

Destinada la presente edición á popularizar más y más un libro tan útil como agradable, es en verdad mucho de desear que sea leído como un descanso de más serias ocupaciones, pero que al mismo tiempo pueda el lector sacar de su lectura el sentimiento de que su tiempo no ha sido enteramente perdido, ni su mente ocupada con frívolas ideas. Ojalá, en suma, merezca un sitio preferente en toda biblioteca y en todo hogar.

PRIMERA PARTE

PAZ

I

La casa cristiana

Invitamos al lector á acompañarnos por las calles de Roma una tarde de Setiembre del año 302. El cielo está sereno, y el sol tardará todavía dos horas en llegar á su ocaso; pero el calor ha disminuido y la gente sale de sus casas en dirección de los jardines de César ó de los de Salustio para disfrutar del paseo vespertino y recoger las noticias del día.

Nosotros, como punto menos concurrido, dirigiremos los pasos hácia la parte de ciudad conocida con el nombre de Campo de Marte, que comprendía la llanura de aluvion situada entre las siete colinas de Roma y el Tíber. Destinado dicho campo desde antiguo á los ejercicios atléticos y militares del pueblo, antes de terminar el período republicano había comenzado á cubrirse de edificios públicos. Allí erigió Pompeyo su teatro, Agripa el Panteón y los baños contiguos, y poco á poco fueron levantándose casas particulares, en tanto que las siete colinas eran destinadas á los más suntuosos edificios, formando ya en la primera época del Imperio los barrios más aristocráticos de la ciudad. Así el Palatino, despues del incendio de Neron, llegó á ser demasiado pequeño para la residencia imperial y para el Circo Máximo que con ella lindaba: el Esquilino fué invadido por los baños de Tito, construidos sobre las ruinas de la *Casa Dorada*: el Aventino por los de Caracalla; y ahora el emperador Diocleciano cubría con sus Termas en el Quirinal, no lejos de los jardines de Salustio, un espacio suficiente para contener muchos palacios.

En tiempo de la República había en el Campo de Marte un

grande espacio rectangular cercado de una estacada y dividido en compartimientos, en el cual tenían sus comicios ó reuniones las clases plebeyas para emitir sus votos. Dicho sitio era conocido con el nombre de *Septa* ú *Ovile*, por su semejanza con los recintos en donde los pastores encerraban de noche sus rebaños. César transformó aquella tosca armazón en un magnífico y sólido monumento. El *Septa Julia*, como se llamó desde entonces, era un suuntuoso pórtico de mil piés de longitud por quinientos de anchura, sostenido por columnas y adornado con pinturas.

La casa en donde vamos á penetrar se halla en frente de dicho edificio en su lado oriental, incluyendo en su área la iglesia de San Marcelo, y extendiéndose hasta la falda del Quirinal: rica y vasta posesion, propia de un patricio romano. No obstante, su aspecto exterior es serio y triste, desnudas las paredes de todo adorno arquitectónico y con escasas ventanas. En el centro de uno de los lados del edificio hay una puerta *in antis*, esto es, simplemente realzada por un tímpano ó cornisa triangular que descansa sobre dos medias columnas. Atravesando el pórtico, en cuyo pavimento leemos con placer escrito en mosaico el afectuoso *Salve*, nos hallaremos en el *atrium* ó primer patio de la casa, rodeado de un pórtico ó columnata.

En mitad del mármóreo pavimento brota con suave murmullo un chorro de agua cristalina, traída de los collados Tusculanos por el acueducto de Claudio, yendo á caer en una ancha taza de mármol rojizo, de cuyos bordes rebosa en vívida tela argentina que antes de llegar al ancho pilon salpica con menuda lluvia una gentil guirnalda de raras y matizadas flores que en elegantes macetas crecen á su alrededor. Debajo del pórtico vemos muebles de rico y peregrino aspecto; asientos incrustados de marfil y plata; mesas de maderas orientales, y encima candelabros, lámparas y otros semejantes utensilios de bronce ó plata; bustos primorosamente cincelados; jarrones, tripodes y otros objetos de arte. Adornan las paredes pinturas antiguas, pero que conservan todavía la frescura de colorido, separadas unas de otras por nichos con estatuas que, como las pinturas, representan asuntos históricos, siendo de notar que nada descubre allí la vista que pueda ofender la delicadeza más susceptible.

Sobre las columnas exteriores de la galería y en el centro del espacio cubierto hay un tragaluz, llamado el *impluvium*, sobre el cual se extiende una cortina ó toldo que preserva de los rayos solares y de la lluvia, y mientras templá con suave luz los objetos descritos, presta realce mayor á los que aparecen más distantes. Más allá de un arco opuesto al que atravesamos al entrar, se divisa un patio interior y más rico todavía, enlosado con diversidad de mármoles y embellecidas sus paredes con adornos de oro. El velo de la abertura superior está entreabier-

to, y á pesar del grueso cristal ó talco (*lapis specularis*) un tibio rayo de sol poniente nos permite cerciorarnos que no es aquel sitio un palacio encantado, sino morada de mortales como nosotros.

Junto á una mesa, colocada fuera de las columnas de mármol frigio, aparece sentada una matrona de mediana edad, cuyas nobles cuanto bondadosas facciones muestran las huellas de pasados sufrimientos; pero una poderosa influencia parece haber amortiguado el recuerdo de ellos ó haberlos identificado con un pensamiento más placentero, de suerte que ambos moran inseparablemente unidos en su corazón. La sencillez de su vestido contrasta con la magnificencia de cuanto la rodea: hecho de tela común, no tiene otro bordado ni guarnición que un ribete de púrpura cosido en él y denominado *segmentum*, que indica su estado de viudez. Lleva el cabello descubierto, sin artificio alguno; y ni una joya, ni un dije costoso, que tan profusamente gastaban las damas romanas, se ostenta en su persona. Únicamente le rodea el cuello una cadenilla de oro, de la cual pende un objeto escondido cuidadosamente dentro del pliegue superior de su vestido.

Vémosla entretenida en una labor que evidentemente no destina á su propio uso: está bordando una larga y rica tira de brocado con hilo de oro, y de cuando en cuando escoge de entre varios cofrecitos esparcidos sobre la mesa, ora una perla, ora una piedra preciosa engastada en oro para prenderla en el dibujo. Diríase que emplea en un objeto más noble y elevado los preciosos adornos que lucía en la primavera de su vida.

Pero, á medida que transcurre el tiempo, cierta inquietud se apodera de su mente, al parecer absorta hasta entonces en su labor. Ora dirige los ojos hacia la entrada; ora aplica atentamente el oído como si oyera rumor de pasos, y se entristece al notar su engaño; ora, en fin, consulta una *clepsydra* ó reloj de agua colocado en una repisa inmediata. Mas, cuando el desasosiego deja traslucirse con mayor viveza en su semblante, un grato golpe resuena en la puerta de la casa, y su mirada rápida y amorosa va al encuentro del que es objeto de todas sus ansias.

II

El hijo del Mártir

Un jovencito lleno de gracia, viveza y candor, cruza con paso ligero el atrio dirigiéndose al interior. Sólo contará unos catorce años, pero admira su desarrollo físico, su gallardía y gentileza: sus facciones revelan un corazón franco y sensible, mientras su espaciosa frente, orlada por naturales y abundantes rizos de cabello castaño, deja entrever una inteligencia precoz. Viste el traje propio de la adolescencia, la corta *prateata*, que apenas le cubre la rodilla, y cuelga de su desnudo cuello la *bullá* ó esfera hueca de oro. Un legajo de papeles y un rollo de pergamino, que trae un viejo criado que le sigue, nos indican que vuelve de la escuela.

Apenas llegado, recibe un abrazo de su madre, á cuyos piés luego se sienta. Ella le contempla silenciosa unos momentos como para descubrir en su rostro la causa de su insólito retardo, pues ha vuelto una hora más tarde de lo acostumbrado. Pero él le corresponde con mirada tan franca y con tal sonrisa de inocencia, que desvanece toda sombra de duda en el ánimo de su madre.

—¿Cómo has tardado hoy tanto, hijo mío?—le pregunta.— Espero que nada extraordinario te habrá acontecido.

—¡Oh no! os lo aseguro, madre mía, por el contrario, todo ha ido á maravilla; y tanto, que apenas me atrevo á explicároslo.

Una mirada curiosa y suplicante de su madre arrancó al corazón del niño una deliciosa carcajada.

—¡Bien!—prosiguió diciendo;—veo que deberé contároslo todo. Ya sabéis que no soy feliz ni puedo dormir tranquilo si dejo de referiros todo lo que me atañe, bueno ó malo.

Sonrióse otra vez la madre, sin acertar á discurrir lo que sería.

—Leí, há pocos días, que los escitas echaban todas las noches en una urna una chinita blanca ó negra, según fuese el día venturoso ó desgraciado. Pues bien, si yo hubiese de seguir esta costumbre, sería para señalar en blanco ó negro los días en que tengo ó dejo de tener motivo de referiros cuanto he hecho. Pero hoy por primera vez tengo una duda, un escrúpulo de conciencia en si debo contároslo todo.

Sea que el corazón de la madre latiendo con más fuerza imprimiese en su rostro una ansiedad inusitada, ó que revelasen sus ojos más tierna solicitud, ello es que el doncel tomó entre sus manos las de su madre, y llevándolas con ternura á los labios, continuó:

—No temáis, madre mía; nada ha hecho vuestro hijo que pueda apesadumbraros. Decidme solamente si queréis saber *todo* lo que hoy me ha sucedido, ó no más el motivo de mi tardanza.

—Cuéntamelo todo, querido Pancracio, pues nada de cuanto te atañe puede serme indiferente.

—Pues bien. Por ser hoy el último día de mi asistencia á la escuela, paréceme que ha sido singularmente favorecido, y más aún considerando sus extraordinarios incidentes. En primer lugar, he sido coronado como vencedor en el certámen de declamación, que nuestro bondadoso maestro Casiano ha tenido á bien señalarnos por primera tarea; siendo esto causa de extraños descubrimientos. El tema era: *El verdadero filósofo debe estar pronto siempre á morir por la verdad*. ¡Nunca he oído cosa más fría é insípida que las composiciones de mis compañeros! Pero, en verdad, no era suya la culpa: ¿qué verdad pueden ellos poseer, ni qué incentivo pueden tener para dar la vida por sus vanas opiniones? En cambio, ¡cuán embelesadoras ideas sugiere á un cristiano el expresado tema! Así he podido experimentarlo. Mi corazón ardía y todos mis pensamientos parecían brotar fuego mientras escribía mi ensayo, llena la mente, oh madre mía, de vuestras lecciones é instruido sobre todo por vuestro ejemplo. Nó; el hijo de un mártir no podía sentir de otra manera. Así es que cuando me llegó el turno de leer mi composición, por poco me descubren mis sentimientos y afectos. En el calor de mi declamación, la palabra *cristiano* brotó espontáneamente de mis labios en lugar de la de *filósofo*, y pronuncié *fe* en lugar de *verdad*. A la primera equivocación advertí en Casiano un movimiento de sorpresa: á la segunda vi desprenderse de sus ojos una lágrima, é inclinándose afectuosamente hácia mí, díjome muy quedito: «Cautela, hijo mío; que te escuchan oídos muy listos.»

—¿Tu maestro, pues, también es cristiano?—interrumpió la madre.—Yo escogí su escuela por la buena reputación que goza de sabiduría y virtud... ¡Gracias, Dios mío, porque tal me inspirasteis! En estos tiempos de peligro y zozobra nos vemos obligados á vivir como gentes extrañas en nuestra propia tierra, y apenas podemos conocer los rostros de nuestros hermanos. Verdad es que si Casiano hubiese hecho la menor manifestación de sus creencias, pronto su escuela habría quedado desierta. Pero continúa, hijo mío; ¿eran fundados los recelos de Casiano?

—Así lo creo, porque mientras la mayor parte de mis con-

discípulos, sin parar mientes en estas equivocaciones, aplaudían con entusiasmo mi sentida declamación, reparé que Corvino fijaba ceñudamente en mí sus negros ojos y se mordía los labios con despecho.

—Y ¿quién es ese Corvino?

—Es el muchacho mayor y más robusto, pero por desgracia el más estúpido de la escuela: bien que en eso no tiene la culpa. Ignoro el motivo, pero ello es que siempre me ha mostrado ojeriza y mala voluntad, cuya causa no puedo adivinar.

—¿Te ha dicho ó hecho algo?

—Sí por cierto, y este ha sido el motivo de mi tardanza. Cuando salimos de la escuela se me encaró con ademán provocador en presencia de nuestros compañeros, diciendo: «Vén acá, Pancracio. Tengo entendido que es la última vez que nos encontraremos aquí (y acentuó con énfasis particular esta palabra), y antes de separarnos tengo que ajustar contigo una larga cuenta. En la escuela te has complacido en hacer alarde de tu superioridad sobre mí y sobre otros más antiguos y mejores que tú. No se me han pasado por alto las altaneras miradas que me dirigías durante tu ampulosa declamación, ni ciertas expresiones que muy pronto pagarás bien caras. Ya sabes que mi padre es prefecto de la ciudad, y algo se prepara que podrá tocarte muy de cerca. Pero antes que nos dejes, Pancracio, quiero tomar mi revancha. Si eres digno del nombre que llevas y no es una palabra vana (1), trabemos un combate más varonil que el del punzón y las tablillas (2). Lucha conmigo á brazo partido ó con el cesto (3). ¡Quiero humillarte como mereces ante los compañeros testigos de tus insolentes triunfos!»

Ansiosamente inclinada sobre su hijo para no perder ni una sílaba, la noble matrona le interrumpió preguntándole:

—¿Y tú qué le has contestado?

—Enteramente dueño de mí, le he dicho que se equivocaba, pues nunca hice á sabiendas cosa alguna que pudiese mortificarle á él ni á mis condiscípulos, ni mucho menos imaginé arrogarme superioridad alguna sobre ellos. «Y en cuanto á lo que me propones,—añadí,—no ignoras, Corvino, que siempre he rehusado esa clase de juegos, que comenzando por una mera prueba de destreza y agilidad terminan por acalorada contienda, odio y sed de venganza. ¿Cuánto más los rehusaré ahora,

(1) El *pancratium* era un ejercicio que los comprendía todos: la lucha á brazo partido, el pugilato, etc.

(2) Objetos que se usaban en las escuelas para escribir. Las tablillas estaban cubiertas con una capa de cera, sobre la cual se trazaban las letras con el punzón ó estilo, y se borraban con la cabeza achatada de dicho instrumento.

(3) Guantes ó vendajes de mano que se empleaban en el pugilato.

cuando tú mismo te muestras ansioso de empezarlos con esos mal intencionados sentimientos?» En esto los demás compañeros habian formado corro á nuestro alrededor, y claramente conocí que todos me eran contrarios y contaban divertirse presenciando uno de sus inhumanos pasatiempos: así es que les dije con jovialidad: «Con Dios quedad, camaradas, y sed felices: me separo de vosotros como he vivido siempre, en paz.»—«¡No tan pronto!—aulló Corvino, ardiendo su rostro en cólera;—mas...»

Interrumpióse Pancracio, inundó su semblante el carmín de la vergüenza, un estremecimiento recorrió su cuerpo, y con voz alterada por los sollozos exclamó:

—¡No puedo, madre mía; no puedo proseguir!

—¡Por el amor de Dios y por el que profesas á la memoria de tu padre, no me ocultes nada!—dijo la madre colocando una mano sobre la cabeza de su hijo.—Jamás volvería á gozar un momento de sosiego si no me lo contaras todo.

Serenóse Pancracio después de una breve pausa, y continuó diciendo:

—«¡No tall!—gritó Corvino:—¡no te irás así, cobarde adorador de una cabeza de asno (1)! Nos has ocultado siempre tu morada, pero yo te encontraré; y entre tanto guarda esta memoria de mi inquebrantable propósito de vengarme.» Y me ha dado un tremendo bofetón que me ha hecho vacilar, acompañándolo con gritos de salvaje alegría los muchachos que nos rodeaban.

Pancracio rompió en copioso llanto, hasta que un poco aliviado su corazón del peso que le oprimía, prosiguió.

—¡Cómo sentí hervirme la sangre en aquel momento! Parecíame que el corazón iba á estallar al mismo tiempo que una voz, acaso de un espíritu maligno, me estaba repitiendo al oído: «¡Cobarde! ¡cobarde!» Y sin embargo me sentía con bastantes fuerzas, que la ira aumentaba, para asir de la garganta á mi agresor y derribarle en tierra. Figurábame oír los aplausos que saludaban mi victoria... ¡No permita Dios que vuelva á verme expuesto á tan rudo combate!

—Y ¿qué has hecho, hijo mío?

—Mi Ángel de la guarda me ha librado del demonio tentador. He pensado en nuestro divino Jesús cuando en casa de Caifás oponía su paciencia y mansedumbre á los que le injuriaban y abofeteaban; y tendiendo la mano á Corvino le he dicho: «¡Dios te perdona como sinceramente yo te perdono, y El te colme de bendiciones!» En aquel momento ha comparecido Casiano, que de lejos habia presenciado el lance, y al verle se ha dispersado toda la caterva. He suplicado á mi maestro, invo-

(1) Esta era una de las muchas calumnias que los paganos prodigaban á los cristianos.

cando nuestra común fe por ambos reconocida, que no castigase á Corvino, y así me lo ha prometido. Y ahora,—añadió Pancracio con blando y cariñoso acento y reclinada la cabeza en el seno maternal,—¿no os parece que puedo llamar venturoso este día?

Por toda respuesta la noble Lucina estampó un tierno beso en la enardecida frente de su hijo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

La consagración

Había comenzado á anoecer. Una anciana sirvienta entró con cautela y encendió las lámparas colocadas en candelabros de mármol y bronce, retirándose después. Una brillante claridad iluminó el enajenado grupo de la madre y del hijo, que permanecían silenciosos en la misma actitud.

No era solamente la emoción maternal la que agitaba el pecho de Lucina, ni el supremo gozo que siente una madre cuando, después de inculcar en su hijo principios sublimes de difícil observancia, le ve expuesto á dura prueba, de la cual, sin embargo, sale incólume: tampoco la satisfacción de tener un hijo que tales muestras de acrisolada virtud daba en edad aún tierna; á pesar de que, con mucho mayor razón que la madre de los Gracos al presentar sus hijos á las maravilladas matronas de la República romana diciéndoles: «Hé aquí mis únicas joyas,» podía esta madre cristiana gloriarse del hijo que había educado para la Iglesia. Otro sentimiento más íntimo, por no decir más sublime, la embargaba en aquellos momentos. Había llegado el día, la hora suprema que tanto anhelaba hacia muchos años.

Madres piadosas han consagrado á sus hijos, ya desde la cuna, al más santo y noble estado que existe en la tierra, el sacerdocio: han observado con incansable vigilancia sus nacientes inclinaciones y procurado dirigir suavemente sus pensamientos hácia el Santuario del Señor. Y si este hijo era único, la consagración de cuanto más tiernamente se ama debe ser considerada con justicia como un acto de heroísmo maternal. Y ¿qué diremos de aquellas matronas de la antigüedad que, como Felicitas, Sinforosa, ó la madre de los Macabeos, ofrecieron y con-

sagraron á sus hijos para que fuesen, más que sacerdotes de Dios, víctimas consumidas por la hoguera?

Un pensamiento análogo embargaba el corazón de Lucina, que en extático recogimiento elevaba la mente á Dios pidiéndole valor y fortaleza; y aunque se creyese llamada á hacer generosamente tal sacrificio, y lo tuviera previsto y deseado, no podía afrontarlo sin experimentar las mayores angustias.

Y en tanto ¿qué pasaba por la mente del absorto mancebo? Nada sabía de sus futuros destinos; ni podía soñar con la venerable basilica que después de diez y seis siglos debía ser tan frecuentemente visitada por el infatigable anticuario y el devoto peregrino, y que hasta hoy daría nombre á una de las puertas de Roma (1); ni tener el presentimiento de la iglesia que en las márgenes del apartado Támesis se levantaría en honra suya y en los siglos de fe, y hasta después de su profanación debía ser elegida como último lugar de su reposo por sus devotos, fieles aún á su querida Roma (2): ni presagiaba que el Papa Honorio I colocaría un *cibarium* ó dosel de plata maciza y peso de 287 libras sobre la urna de pórfido que contendría sus cenizas; ni tenía la más remota idea de que su nombre se incluiría en todos los Martirologios y que su imagen, coronada de radiante aureola, sería venerada en muchos altares en conmemoración del niño mártir de la primitiva Iglesia. Era únicamente el candoroso muchacho que consideraba como la cosa más natural cumplir siempre la Ley de Dios y su Evangelio; feliz y satisfecho por haber cumplido aquel día su deber en tan terrible prueba, bien ajeno á todo sentimiento de orgullo y de vanagloria.

Alzando al fin los ojos, reparó en la claridad que iluminaba el aposento y se encontró con el rostro de su madre, radiante de majestad y ternura, cuya mirada y cuyo semblante eran como de una aparición celestial. Extasiado y sin advertirlo varió de postura y arrodillóse á sus piés: veneración muy merecida tratándose de una madre que lo había escudado de todo mal como otro ángel custodio y le había dado con sus virtudes un modelo que imitar desde la más tierna infancia.

Rompió Lucina el silencio, diciendo con grave y conmovido acento:

—Por fin ha llegado el día, querido hijo mío, por mí tan suspirado. Con solícita vigilancia he ido siempre observando en tí el desarrollo de cada virtud cristiana, dando gracias á Dios al notar tu docilidad, tu mansedumbre, tu piedad, tu amor á Dios y á los hombres. Con la mayor satisfacción he visto tu fe

(1) Iglesia y puerta de San Pancracio.

(2) La antigua iglesia de San Pancracio en Londres, cementerio predilecto de los católicos hasta que lo tuvieron propio.

viva, tu desprendimiento de las cosas terrenas, tu tierna compasión con los pobres y los afligidos. Pero con ansiedad esperaba la hora que me patentizase si te contentabas con el pobre legado de la débil virtud de tu madre, ó si eras digno heredero de las nobles prendas de tu padre mártir. Esta hora, loado sea Dios, ha sonado ya. Si; hoy, último día de tu asistencia á la escuela, creo que el Señor se ha dignado darte una lección de grandísimo valor, revelando que al despojarte de las cosas de niño debes en lo sucesivo ser tratado como hombre porque sabes no solo pensar y hablar, sino, lo que es más todavía, conducirte como tal.

—¿Qué tratas de significarme con eso, madre mía?

—Lo que me has referido de tu declamación de la mañana revela cuán lleno ha estado tu corazón de nobles y generosos sentimientos. Eres demasiado sincero y recto para escribir y expresar con tal vehemencia la idea de que es un deber glorioso el morir por la fe, si no lo hubieras creído y sentido así.

—Y así lo creo y siento. ¿Qué mayor dicha puede un cristiano apetecer en la tierra?

—Bien dices, hijo mío: pero yo deseaba que los hechos confirmasen tus palabras, y lo que ha sucedido después me ha demostrado que puedes sobrellevar con intrepidez y resignación, no solamente los trabajos, sino lo que todavía debe ser más duro para un patricio en cuyas venas hierva la sangre de la mocedad: la irritante ignominia de un bofetón y las insultantes miradas y rechiflas de una turba desapiadada. Has hecho más: has demostrado que posees bastante fortaleza para perdonar á tu enemigo y rogar á Dios por él. Hoy has subido el más empinado y áspero sendero del monte con la cruz á cuestas: un paso más, y alcanzarás la cumbre. Te has portado como verdadero hijo del mártir Quintino. Dime: ¿quieres ser como él?

—¡Madre mía! ¡La más querida y tierna de las madres!— exclamó Pancracio conmovido.—¿Podría ser yo hijo suyo y no ansiar parecermele? Y aunque no me ha cabido la dicha de conocerle. ¿no he tenido siempre su imagen presente en mi alma? ¿No ha sido su recuerdo la gloria de mis pensamientos? Cuando todos los años celebramos su conmemoración como uno de los que componen el ejército que rodea al inmaculado Cordero, en cuya sangre bañó sus blancas vestiduras, ¡con qué alegría ha celebrado mi corazón su gloria inmarcesible, y cuánto le he rogado con toda la efusión del amor filial que me alcance, no fama, no distinciones, no riquezas ni goces mundanos, sino lo que él tenía en mayor precio que todas esas cosas: que lo único que dejó en la tierra pueda consagrarse, del modo que él debe considerarlo, á lo más útil y más noble!

—Y ¿qué es, hijo mío?

—Su sangre, que todavía corre por mis venas. Estoy persuadido de que deseará que la mía, como la suya propia, se derrame también por amor á su Redentor y en testimonio de su fe.

—¡Basta, basta, hijo mío!—exclamó la madre con santa conmoción.—Quitate del cuello ese símbolo de la niñez, pues guardo para tí otra insignia de mayor significación.

Obedeció Pancracio y se quitó la *bull*a de oro.

—Has heredado de tu padre,—prosiguió diciendo Lucina en tono todavía más solemne,—un nombre ilustre, alta posición, grandes riquezas y cuantas ventajas ofrece el mundo. Pero entre tu patrimonio hay un inestimable tesoro que he guardado cuidadosamente hasta que te juzgara digno de poseerlo.

Y quitándose con trémula mano la cadena que rodeaba su cuello, vió Pancracio por vez primera que pendía de ella una bolsita ricamente bordada y recamada de piedras preciosas. Abrióla su madre, y sacó de ella un pedazo de esponja seca, pero manchada de un color oscuro, diciendo con voz conmovida:

—Esta es también sangre de tu padre, Pancracio. Yo misma la recogí de su mortal herida cuando á favor de mi disfraz presencié su martirio y le vi morir por Cristo.

Después de contemplar enternecida la preciosa reliquia besóla fervorosamente, y humedecida por sus lágrimas recobró la frescura y el color brillante de la sangre, como si ésta acabase de brotar de las venas del mártir. Acercóla despues á los trémulos labios de su hijo, que se enrojecieron con su santificante contacto.

Profundamente conmovido por los afectos de hijo y de cristiano, veneró Pancracio la sagrada reliquia, y sintió como si el espíritu de su padre hubiese descendido sobre él y penetrado hasta en lo más recóndito de su corazón.

Lucina volvió á encerrar el tesoro en su relicario y lo colgó del cuello de Pancracio, diciendo:

—Hijo mío, cuando vuelva á humedecerse, que sea en un manantial más puro y noble que las lágrimas de una débil mujer.

Estas palabras debieron sin duda llegar al trono del Altísimo, y el combatiente fue ungido, y el futuro mártir consagrado con la sangre de su santo padre mezclada con las lágrimas de su piadosa madre.

IV

La familia pagana

Mientras tan conmovedora escena se desarrollaba en la morada de Lucina, otra de muy diversa indole ocurría en un palacio situado entre el Quirinal y el Esquilino, y propiedad de Fabio, patricio del orden ecuestre, cuya familia había atesorado toda una fortuna con el arriendo de los tributos de las provincias del Asia.

Más grande y suntuoso que la casa que acabamos de visitar, el palacio de Fabio contenía un tercer peristilo ó patio, con numerosos aposentos al rededor; y además de varias obras maestras del arte europeo, abundaba en las más raras producciones del Oriente: alfombras de Persia; muebles forrados, unos de seda de la China, otros de telas de brillantes colores tejidas en Babilonia, y otros de brocados de la India y Frigia; primorosas obras de marfil y varios metales, que se suponían labradas por los habitantes de las islas situadas allende los mares de la India.

Dueño, además, de dilatadas haciendas, era Fabio el verdadero tipo de los opulentos romanos, buen vividor, ansioso de gozar á sus anchuras de la vida, pues nunca había soñado siquiera que pudiese existir otra. Y aunque en nada creía, no por eso dejaba de venerar como cosa corriente, y siempre que se ofrecía ocasión, á la deidad que estaba de turno, pasando por varon tan bueno como el que más, sin que nadie tuviese derecho de exigirle otra cosa. Pasaba la mayor parte del día en los baños públicos, que además del uso que indica su nombre, encerraban en su recinto muchas dependencias equivalentes á nuestros casinos; gabinetes de lectura, juegos de pelota, gimnasios, etcétera. Allí mataba el tiempo, bañándose, conversando ó leyendo; á veces iba al Foro para oír las arengas de algun tribuno ó argüir algun abogado célebre, y otras entraba en cualquiera de los muchos jardines frecuentados por la gente de viso. Regresaba despues á su casa para disfrutar de una cena opípara, á la cual concurrían algunos huéspedes invitados de antemano, y otros que recogía por el camino entre la caterva de parásitos siempre dispuestos á disfrutar de una buena mesa.

En su casa era bondadoso é indulgente. Su custodia, gobierno y aseo los tenía encomendados á un enjambre de esclavos; y

como por nada quería incomodarse, con tal de que le sirvieran bien y halagasen su vista, dejaba el cuidado de lo demás á los libertos.

Pero mejor que á Fabio deseamos que el lector conozca á otra persona de su casa, coparticipe de sus magnificencias y única heredera de sus riquezas: su hija, llamada Fabiola, diminutivo del nombre de su padre segun costumbre romana.

Contaría á la sazón unos veinte años, no cedía en belleza á las otras damas de su clase, edad y riqueza, y su carácter formaba un verdadero contraste con el de su padre. Arrogante, altanera, imperiosa é irascible, sojuzgaba como una reina á todos los que la rodeaban, con una ó dos excepciones. Huérfana de madre ya al nacer, fué criada con excesivo mimo por su indolente padre. Instruida por los mejores maestros, se hallaba adornada de ciertas prendas; pero acostumbrada á satisfacer todos sus deseos y caprichos, no sufría la menor contradicción.

Abandonada de esta suerte á sí misma, había leído mucho, especialmente libros sérios y profundos, y habíase declarado partidaria acérrima de un refinado epicureismo intelectual que por largo tiempo estuvo en boga entre los romanos. Del Cristianismo nada conocía, teniéndole por tan bajo, material y vulgar, que le consideraba indigno de su estudio. En cuanto al paganismo con sus dioses, vicios, fábulas é idolatría, interiormente se mofaba de él, aunque por de fuera observaba sus ritos. En realidad sólo creía en la vida presente, y no se acordaba más que de sus refinados placeres, si bien por fortuna el orgullo escudaba su virtud. Aborrecía la perversidad de la sociedad pagana, y despreciaba á los frívolos manebos que le prodigaban los lisonjeros obsequios que les exigía, para divertirse con su necedad. Teníanla por fría y egoísta; pero moralmente nadie la podía tildar.

Subamos ahora á su habitación, á donde conduce una escalera de mármol que arranca del segundo patio, á cuyos lados se extiende una serie de aposentos que dan á una azotea adornada por una graciosa fuente y cubierta de delicadas y exóticas plantas. En dicha habitación se ve rennido lo más exquisito y primoroso del arte romano y de otros países, distribuido todo con gusto y esmero.

Como se aproxima la hora de la cena, veremos á Fabiola atareada en adornarse á fin de aparecer con el esplendor que le corresponde. Está reclinada en un lecho labrado en Atenas é incrustado de plata, en un gabinete con cristales desde el techo al suelo y á través de los cuales la vista se goza en la florida azotea ya mencionada. De la opuesta pared cuelga un grande espejo de plata bruñida; y sobre una mesa de pórfido hay una colección de cosméticos y perfumes raros y costosos, de que tan pródigas

se mostraban las damas romanas (1). Sobre otra mesa de sándalo de la India se ostentaban en primorosas cajitas ricos aderezos y preciadas joyas.

La joven y altiva romana tiene asido por el mango con la mano izquierda un espejo de plata, y con la derecha un instrumento impropio de mano tan delicada. Es un puntiagudo puñal ó verduguillo con mango de marfil primorosamente tallado y un anillo de oro para sostenerlo: arma favorita con que las damas de Roma castigaban á sus esclavas, desahogando en ellas su enojo y la menor contradicción.

Tres son las que rodean á Fabiola, pertenecientes á distintas razas y compradas á muy altos precios, no sólo por su agradable presencia, sino también por los conocimientos ó habilidades que se les atribuían. Una era negra, y no de raza degradada, sino de las de Abisinia y Numidia, cuyas facciones son tan regulares como las de los pueblos asiáticos: llamábase Afra y pasaba por muy perita en el conocimiento de las plantas, sus usos medicinales y cosméticos, y otros tal vez más nocivos, como filtros, sortilegios y hasta venenos. Otra era griega, escogida por su gracia en el vestir y por la elegancia y pureza de su acento; por lo cual se la llamaba Graia. La tercera, cuyo nombre de Syra indica su procedencia del Asia, se distinguía por su laboriosidad y el primor de sus bordados: además, era tan apacible, silenciosa y exacta en el cumplimiento de sus deberes, como las otras dos locuaces, petulantes y jactanciosas, que dirigían á su ama las más extravagantes lisonjas, ó bien abogaban por aquel de los pretendientes á su mano que las hubiese sobornado con más largueza.

—¡Cuánto me deleitaría, mi noble ama,—dijo la esclava negra,—si me hallara en el *triclinium* (2) cuando entreis, para presenciar la impresión de asombro que producirá en los convidados este nuevo *stibium*! (3). Muchos experimentos me ha costado para obtenerlo tan perfecto; mas tengo la seguridad de que no se conoce otro igual en Roma.

—Pues yo —dijo la astuta griega—no me atrevería á codiciar tan encumbrada honra. Contentaríame con ver desde fuera el efecto de esta admirable túnica de seda que vino del Asia con la última remesa de oro. Nada existe que pueda compararse con su belleza y con ese corte gracioso que tanto me ha costado darle y que no desmerece de la tela.

—¿Y tú, Syra?—preguntó Fabiola con sonrisa desdeñosa,

(1) Poppea, esposa de Nerón, usaba un cosmético en cuya preparación se invertía diariamente la leche de trescientas burras.

(2) El comedor.

(3) Antimonio negro que se aplicaba á los párpados.

—¿cuál sería tu deseo y qué tienes que alabar de tu trabajo?

—Todo mi deseo, noble señora,—respondió modesta y sinceramente Syra,—es veros muy dichosa: y en cuanto á mis labores no tengo de qué alabarme, persuadida de que no hago más que cumplir mi deber.

No agradó esta respuesta á la altiva dama, y así dijo:

—Se me figura, esclava, que no eres dada á los elogios: nunca se oye de tus labios la menor lisonja.

—Y ¿qué precio tendría en boca de una pobre criada cualquier adulación al dirigirse á tan ilustre dama, acostumbrada á oírlas todos los días de labios cultos y elocuentes? ¿No las despreciais cuando os las dirigimos nosotras?

Las otras dos esclavas lanzaron á su compañera una mirada de despecho, é irritóse también Fabiola imaginando traslucir una reconvención en la digna respuesta de Syra. ¡Cómo! ¡Un sentimiento de dignidad en una esclava!

—Con que ¿todavía ignoras que eres mía y que si te compré á muy subido precio fué para que me sirvieras según se me antojase? Tanto derecho tengo al servicio de tu lengua como al de tus manos, y si quiero tus lisonjas y alabanzas tendrás que tributármelas, quieras que no. ¡Bueno fuera que una esclava tuviese otra voluntad que la de su ama, cuando ni siquiera su vida le pertenece!

—Es verdad,—dijo Syra con digna mansedumbre;—os pertenece mi vida y cuanto con ella acaba: tiempo, salud, fuerzas, cuerpo y aliento. Todo eso lo habéis comprado con vuestro oro, y por consiguiente propiedad vuestra es. Pero todavía poseo lo que no puede comprar un emperador con todas sus riquezas y su poder, ni puede ser encadenado por los hierros de la servidumbre, ni encerrado en los límites de la vida.

—¿Podré yo saber qué es ello?

—Un alma.

—¡Un alma! —exclamó atónita Fabiola, que por vez primera oía reclamar á una esclava semejante propiedad.—¿Qué entiendes tú por un alma?

—No sabré expresarme en términos filosóficos, pero por esa palabra entiendo un sentimiento íntimo que mora en mí, que tiene existencia propia y es muy superior á las cosas mejores que me rodean, que está libre de destrucción é instintivamente se horroriza de cuanto á la destrucción está asociado, como la enfermedad lo está á la muerte, y por lo tanto aborrece la adulación y detesta la mentira. Por esto, mientras yo posea este invisible don, ¿cómo puedo adular ni mentir?

Las otras dos esclavas, que nada entendieron de estas razones, mostraban en sus gestos el estúpido asombro que les causaba lo que imaginaban presunción de su compañera. También

Fabiola estaba admirada, pero recobrando luego su orgullo exclamó con visible enojo:

—¿Dónde aprendiste tales locuras? ¿Quién te ha enseñado á charlar de esa manera? A mí el estudio de muchos años me ha convencido de que todas esas ideas de existencias espirituales no son otra cosa que sueños de poetas ó de sofistas, y como tales las desprecio. ¿Y tú, esclava ignorante y sin educación, sabrás más que tu ama? ¿O te figurarás realmente que cuando arrojen tu cadáver en el montón de esclavos muertos por la embriaguez ó de resultas de los azotes para ser quemados en ignominiosa pira, y cuando sus cenizas revueltas sean sepultadas en una hoya común, sobrevivirás tú como un sér consciente y volverás á gozar de una vida venturosa y libre?

—*Non omnis moriar* (1), como dice uno de vuestros poetas, —replicó Syra modestamente, pero con una mirada de dulce transporte que llenó de asombro á Fabiola. —Sí, espero y estoy segura de sobrevivir á todo eso. Más aún: creo y sé positivamente que de esa fosa, que tan al vivo habeis pintado, una mano recogerá y juntará cada fragmento de mi carbonizado cuerpo: que existe un poder que llamará á los cuatro vientos y les obligará á restituir hasta el más imperceptible átomo de mi polvo, y reconstruirá este cuerpo mío, no para ser esclavo vuestro ni de nadie, sino para ser rejuvenecido, libre, dichoso, resplandeciente de gloria, amando eternamente y eternamente amado. Esta firme é indestructible esperanza está grabada en el fondo de mi pecho.

—¡Delirios de tu fantasía oriental, que te impiden cumplir tu deber y de los cuales preciso es curarte! Pero ¿en qué escuela aprendiste esos dislates que nunca he encontrado en autor alguno griego ni latino?

—En una escuela de mi tierra, donde no se conoce ni admite diferencia alguna entre griegos y bárbaros, libres y esclavos.

—¿Qué es lo que oigo?—exclamó con exaltación la altiva romana. —Sin aguardar siquiera esa soñada existencia futura ¿te atreves á imaginarte igual á mí, si no superior? Dímelo de una vez, con claridad y sin rodeos.

Y se incorporó en actitud de aguardar ansiosa una contestación.

—Nobilísima señora,—dijo Syra,—me superais de mucho en jerarquía, poder, instrucción, ingenio y en todo lo que enriquece y hermosea la vida; y en belleza, elegancia, gracia y lenguaje, nadie os puede disputar la palma, y mucho menos un sér tan pobre y humilde como yo. Pero si debo hablaros con la franqueza que deseais...

(1) No todo mi sér morirá.

Interrumpióse Syra como perpleja; pero, obedeciendo á un ademán de su imperiosa ama, continuó diciendo:

—Someto á vuestro claro discernimiento decidir si una pobre esclava, íntimamente convencida de que en sí misma posee un espíritu inteligente y activo, sin más límites que la inmortalidad, cuya morada está más allá del firmamento, y cuyo solo y verdadero prototipo es la Divinidad misma, puede considerarse inferior en dignidad moral y elevación de pensamientos á quien, si bien adornada y favorecida por todos los dones de la naturaleza y de la fortuna, confiesa que no aspira á más altos destinos ni reconoce en sí más noble fin que el que aguarda al ave irracional que bate con sus alas, sin esperanza de libertad, los dorados alambres de su jaula.

Por primera vez en su vida, Fabiola acababa de sentirse humillada y vencida por una esclava. Con los ojos centelleantes de furor empuñó la daga y asestó tan fiero golpe á Syra en el brazo que extendiera instintivamente para resguardar el pecho, que le causó la más tremenda herida que hasta entonces recibiera, ya por su violencia, ya porque la punta le desgarró las carnes. Lo agudo del dolor arrancó lágrimas á la esclava, de cuya herida veíase brotar un arroyo de sangre. Avergonzóse al momento Fabiola de su propio arrebató, y sintióse todavía más humillada que antes por haberse dejado llevar de él en presencia de las otras dos esclavas.

—Anda, apresúrate,—dijo á Syra, que estaba restañando la sangre con un pañuelo,—y dí á Eufrosina que te cure la herida. No era mi ánimo causarte tanto daño... Pero aguarda un momento, pues debo de algun modo compensarlo.

Y revolviendo las alhajas que tenía en la mesa, tomó una sortija y se la regaló, añadiendo:

—Retírate, y no vuelvas: esta noche no necesito de tí.

Y Fabiola quedó con la conciencia tranquila, creyendo haber compensado ampliamente el daño causado á su esclava.

El domingo inmediato, en la iglesia del Santo Pastor, situada cerca de su palacio, encontróse en el cepillo de limosnas para los pobres una preciosa sortija de esmeraldas que el buen sacerdote Policarpo creyó sería dádiva de alguna opulenta dama; pero Aquel que observaba con penetrantes ojos el cepillo de las limosnas de Jerusalén y tomaba en cuenta hasta el óbolo de la viuda, vió que la había depositado el brazo vendado de una pobre esclava.